

JAIME BEDOYA

En aparente estado de ebriedad



LITERATURA RANDOM HOUSE

Jaime Bedoya

En aparente estado de ebriedad

Literatura Random House

SÍGUENOS EN



Me Gusta Leer Perú



@megustaleerpe



@megustaleerpe

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

“¡Todo es una mierda!”

ENRIQUE ZILERI

durante un cierre de edición.

NOTICIA

Los textos que integran este volumen han sido extraídos de los tres libros editados por el autor: *Ay qué rico* (1991), *Kilómetro cero* (1995) y *Mal menor* (2004). A ello se ha añadido una selección de sus columnas publicadas bajo los nombres *Trigo atómico* (portal web "Terra") y *Disculpen la pequeñez* (diario "El Comercio"), así como otras piezas aparecidas en la revista "Caretas", lo que conforma un proyecto de obra casi completa. Esta antología, que ha tenido el permiso del autor, ha privilegiado ordenar los textos por categorías, en vez del previsible criterio cronológico, con el fin de hacer notar ciertas obsesiones y afinidades.

PRÓLOGO

Con Jaime Bedoya he frecuentado unas cuantas cantinas de aserrín y el neón prestigioso de un bar de pacharacas, una banda de enanos trapeceistas, una cuadrilla de novilleros bufos y un antiguo torero japonés, un par de niños genios, alegres camposantos, playas con tallarines y sin sol, gendarmes, boleristas, viejas glorias del balompié y el saxo, bellezas gay, matronas, transformistas, locutores de radio, curanderos, monarcas de la chicha, pirañitas, vírgenes prudentes que lloran sin cesar.

Todo eso antes de conocerlo. Por entonces me lo imaginaba con los modos orondos de Broncano, delictiva versión del buen Zambo Martínez, y el misterio mortal de algún pianista esbelto y amarillo que solía animar las madrugadas del Café Marcantonio y a quien todos tenían por vampiro.

Tiempo después me lo encontré, por primera vez, en esa larga y celebratoria mesa de un restaurant. Aquel muchacho de aire casi deportivo poco tenía que ver con Drácula o Broncano. Su silencio ensordecedor contrastaba con la algarabía de los otros comensales. Era un silencio tímido y socarrón. Al término del ágape me presenté como, lo que era, su ferviente lector.

Pocos han asumido, como Jaime Bedoya, el venerable oficio de cronista. Esas prosas impecables delatan a un escritor que, más allá del periodismo semanal, pertenece a la literatura. Y aunque sus personajes, empezando por él, existen en la vida cotidiana, tan solo cobran carne y realidad en los festivos usos del lenguaje. Lenguaje

que proviene de todas las canteras y suele convertirse, con frecuencia, en pasto de relato o poesía.

Un mundo marginal, sórdido a veces, ocupa los decires del autor. Historias de la especie, fauna nuestra, viajan entre la burla y la piedad. Sarcasmo que no cede ni concede. Y, sin embargo, también algunas veces la melancolía asoma como los olores más importantes de la infancia o ese sol tristón del arenal.

Antonio Cisneros
De la primera edición de *Ay qué rico*
(1991)

I

ENCUENTROS CON HOMBRES NOTABLES

LOS NEW KIDS DE ZÁRATE

LOS MISMOS, PERO DIFERENTES

“¿Zarati? ¿Where the fuck is that?”, se preguntó a sí mismo Brian Mercey, gerente ejecutivo de una casa discográfica norteamericana, al fijarse en el remitente de la breve carta redactada en pésimo inglés que tenía en la mano. La respuesta la encontró en la nota añadida por la eficiente Nancy, su secretaria pelirroja: (Zarate, Lima, Peru, South America). ¿Perú? Mercey recordaba haber probado alguna vez cocaína.

Según lo que podía entender, un grupo de muchachos que imitaba a las más grandes estrellas de su compañía manifestaba sus deseos de entablar correspondencia y recibir toda la información oficial acerca de las últimas actividades del grupo. Inicialmente, en gesto instintivo, pensó en un memo destinado al departamento de promociones para que les enviaran un par de calcomanías. Pero, al detenerse en las faltas ortográficas y la pobre calidad del papel aéreo, Mercey empezó a pensar. Aún más. Orientando su sillón giratorio hacia la ventana que le permitía una formidable vista aérea de la ciudad de Boston, Mercey sintió un ligero escalofrío recorrer su saludable cuerpo de treinta y ocho años.

¿Acaso tan fácil resultaba manipular las voluntades de jóvenes de cualquier rincón del mundo? ¿Serían sus hijos algún día víctimas del consumismo inducido por el cual él trabajaba? ¿Podía sentirse moralmente tranquilo sabiendo que el nuevo CD para su carro lo obtendría gracias a los ahorros de millones de jóvenes tercermundistas?

La lenta entrada felina de Nancy en su oficina lo rescató de sus divagaciones éticas, las segundas en cuatro años de exitosa carrera en

el mundo del márketing empresarial.

- "Mr. Mercey, su esposa pregunta si lo espera a comer", decía Nancy sentándose sobre el escritorio y cruzando atrevidamente las piernas.

- "Reunión de trabajo", respondía el ejecutivo guiñando un ojo mientras la pelirroja le tocaba la corbata con la punta del zapato. En su mano derecha que iba cayendo hacia un lado, Mercey apretaba la carta de Zárate convirtiéndola en una masa amorfa que, sin duda, tendría como destino final un basurero negro de moderno diseño que se ubicaba bajo su escritorio.

Una suave brisa fluvial, proveniente de las orillas del Rímac, peculiariza el ambiente de Zárate. La convierte en una urbanización donde la vida es sinónimo de frescura, en permanente renovación y festejo. Por eso a nadie extraña, dada la abundante cantidad de fiestas –o *tónicos*, en travieso lenguaje juvenil– que ahí se celebran, así como el masivo y disciplinado consumo de videoclips y programas afines, que cada nuevo baile o moda musical que aparece –independientemente de su intrínseca naturaleza efímera– es inmediatamente asimilado por la juventud zaratina con un atavismo ejemplar. Fue de esa manera que pasaron por Zárate –sin dejar huella alguna– el fenómeno *footloose*, el *breakdance*, Chayanne, Magneto y Pablito Ruíz. Es más, un joven de Zárate llamado Beto Chira acabaría consagrándose en un concurso televisivo como "El Pablito Ruíz Peruano". Es decir, era cuestión de tiempo el que la obsesión imitativa por las últimas mega estrellas internacionales –cinco mocosos anodinos de Boston, Massachusetts– se difundiera sobre Zárate con la misma naturalidad con la que la brisa fluvial desperdiga sobre sus calles y jardines los penetrantes aromas del Rímac.

Con total aplomo y exquisito profesionalismo, Rulito Pinasco realizó a través de la televisión la convocatoria nacional para iniciar la búsqueda de los mejores imitadores de los New Kids on the Block. La automática y sensata reacción de César, Walter, Andrés, Franklin y Gustavo, ex compañeros del colegio Antenor Orrego, no se hizo

esperar. Ellos serían los New Kids de Zárate. Franklin sería el último en unirse, en reemplazo de otro integrante invitado a retirarse de la agrupación pues no demostraba la seriedad suficiente. Desde un principio, una férrea disciplina, no necesariamente reñida con una sana espontaneidad, fue considerada como indispensable a fin de poder responder con dignidad al reto de Pinasco.

Contaron con la solidaria y desinteresada colaboración del barrio. Unos vecinos les prestaron la sala de su casa para los maratónicos ensayos diarios. Otros amigos estilistas y maquilladores ofrecieron, voluntariamente, lo mejor de sus conocimientos. Además, Johnny, muchacho del barrio que trabajaba en un barco, acababa de regresar de los Estados Unidos trayendo en su memoria los más recientes pasos de los New Kids que había podido ver. Tras horas de estudio minucioso gracias al acceso a una videocasetera, llegó el día de la presentación. Estaban preparados. Fue un éxito. No solo pasaron a la final haciéndose acreedores del premio de cien dólares, sino que además entablaron franca amistad con el hijo de Rulito Pinasco. Incluso se tomaron una foto con él.

Sin embargo, jamás imaginaron estos muchachos que el poder reproducir exactamente lo movimientos físicos de aquellos cinco imberbes y lejanos multimillonarios, cual mágico lenguaje de la modernidad más cosmopolita, cambiaría drásticamente sus hasta entonces apacibles existencias zaratinas. Un día se fueron a pasear al centro, y un policía los paró y les dijo:

- "Oigan, ustedes son los New Kids de Zárate, ¿no?"

- "Sí, jefe."

- "Ya. Sigán circulando nomás."

Además, empezaron a recibir oficios de diversas instituciones reclamando la demostración de su talento en varias actividades públicas. Habían logrado ese ansiado estado de gracia propio de las estrellas: captar las preferencias del público. Tal vez la más importante de estas solicitudes fuese la requerida por la senadora de la Nación doña Irma Bustamante a fin que los New Kids de Zárate se presen-

taran en un centro educativo para niños excepcionales, evento que debe haber sido único en su especie en todo el orbe.

Pero, precisamente como consecuencia de su vertiginosidad, el éxito también trae sus propias dudas. Como la que en algún momento se les planteó al escuchar un comentario acerca de las implicaciones ideológicas de su imitación. El grupo entró en cerrado silencio ante la interrogante y, curiosamente, Johnny —el amigo viajero que les trajo los últimos pasos— dio una respuesta tan simple como suficiente:

- “El hecho de ser andinos no significa que no podamos ser artistas.”

Porque, en efecto, es ahí, en las tiranas y misteriosas exigencias del arte, que estos muchachos sienten enraizados los motivos que los impulsan a ser los New Kids de Zárate. Otros intereses, más rastroseros y vulgares, no hay. No tendrían sentido. A los cien dólares que ganaron en la televisión hubieron de serle descontados los impuestos, resultando quince dólares por cabeza. Esto equivale aproximadamente a 3.3 pollos a la brasa por cabeza por ser un New Kid de Zárate. Y ellos dicen que un artista nunca debe esperar nada a cambio de su arte. Aunque confiesan que les hubiera gustado recibir una respuesta a la carta enviada a la casa disquera. La misma que a estas alturas debe estar desintegrándose en algún relleno sanitario de Boston, Massachusetts.

LA PEQUEÑA MARAVILLA

¿JEAN PIERRE ES UN GENIO, O SU MAMÁ LE HA ENSEÑADO DEMASIADO?

El pequeño Jean Pierre tenía un año y medio de vida cuando se convirtió en inopinada máquina de recitar poemas. En medio de sus comidas o interrumpiendo el más esforzado puje, clamaba unos versos en honor de la patria, la madre y la amistad. Estas alocuciones rimadas, coherentes y estructuradas, contrastaban marcadamente con el balbuceo ininteligible y los chillidos histéricos que conformaban su lenguaje habitual. Sus padres, lejos de incomodarse, interpretaron el hecho como una gracia de la criatura. Pero una noche despertó del sueño para repetir, por completo, la programación diaria de un canal de televisión.

Después se quedó dormido. La madre decidió ir hablar con su profesora del nido Caminito.

La profesora compartía el asombro materno. Jean Pierre era un aventajado para el aprendizaje. No solo aprendía las lecciones y poemas correspondientes a su sección, sino que escuchaba además las materias que se dictaban en las clases colindantes y también las aprendía. Estaba provocando el desconcierto y los primeros síntomas de complejo de inferioridad en sus compañeros. Su niño es privilegiado, le dijeron. Por eso durante los últimos años siempre lo escogían para interpretar el papel de San Martín en 28 de Julio. Se había aprendido la histórica proclamación de la Independencia de memoria. Los padres se llenaron de orgullo por esa criatura bautizada en homenaje al talento del saxofonista Jean Pierre Magnet. Sus padres lo vieron interpretando una melodía en televisión y les gustó su nombre.

Ya en casa sometieron al pequeño a una rápida y superficial revisión física. Al margen de evidenciar una comprensible prominencia craneal sobre el resto de su estructura ósea, se le veía sano y normal. Hasta que al pasarle la mano cariñosamente sobre la cabeza palparon un remolino de pelos que se le formaba sobre la corona del cráneo, formación capilar interpretada por la tradición como signo de inteligencia superior. Empezaron a darle diariamente generosas cucharadas de Sanustol y Vitacalcio, ambos productos vigorizantes ricos en vitaminas A, D, B y nicotinaminas, con esencias de bacalao, naranja y malta. A Jean Pierre inmediatamente le fascinó el fino sabor del Vitacalcio.

Su madre, con severas inclinaciones por el mundo del modelaje y del espectáculo televisivo, despreocupadamente empezó a preparar a Jean Pierre para eventuales presentaciones televisivas. La tarea fue más sencilla de lo que imaginaba. En solo dos horas el pequeño había memorizado las capitales de los países más importantes del planeta. Un par de horas más fueron suficientes para adquirir un panorama informativo general acerca de la autoría de obras literarias, musicales y pictóricas célebres, así como para manejar paralelamente un ágil y simpático cuestionario de preguntas capciosas. En total, aproximadamente 500 preguntas y respuestas eran las que el bebé había almacenado en sus tiernas neuronas.

Mas lo sorprendente de este rápido proceso de aprendizaje mnemotécnico fue la relación verbal que Jean Pierre estableció e interpretó mientras memorizaba Los Heraldos Negros del inmortal César Vallejo.

- "Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡yo no sé!..."

Recitaba, cuando se detuvo de pronto y empezó a llorar. La madre lo estrechó fuertemente entre sus brazos, conmovida por esa microscópica hipersensibilidad que podía asumir de manera tan dolorosa una de las líneas más hondas de la literatura castellana. Lo calmaba acariciándole el remolino de su inteligencia a la vez que le preguntaba "¿por qué lloras, Jean Pierre?"

- "Lloro porque yo sí sé", fue la sorprendente respuesta del infante.

Era hora de llevarlo a la televisión.

Jean Pierre compitió en Nubeluz por un trofeo llamado El Choclo de Oro. Su rival fue una niña de cuatro años de edad que recitó un poema de temática místico-religiosa intitulado Jesusito de mi Vida. Jean Pierre ya tenía dos años y absolvió con facilidad el cuestionario de cultura general que le fue planteado por las dos Dalinas de rodillitas, para estar a su altura.

Pero ganó la niña. Luego la madre recortó de Teleguía y de la página de espectáculos de La República denuncias periodísticas alzando su voz de protesta por haber relegado de esa forma al Niño Prodigio, una verdadera promesa para la patria. De todas maneras, la Dalina Almendra dijo ante cámaras que Jean Pierre era un genio y le dio un cono.

Por Yola, Jean Pierre ya sentía una antelada admiración. Se lució ante ella, divulgando las capitales de los países orientales, la autoría de pinturas clásicas y la paternidad de descubrimientos que habían revolucionado la civilización humana tal cual la conocemos. Yola tuvo elogiosas palabras para él, calificándolo también de prodigio, y remarcando la diferencia entre el trato que ella les daba a los niños y el que les daban canales de la competencia.

- "¿Dónde murió Bolognesi?", preguntó Luis Ángel Rulito Pinasco sentado junto a su inseparable compañera Sonia Oquendo y sosteniendo el micrófono con una toallita para evitar los malestares de la transpiración.

- "En el modo de Adica", respondió Jean Pierre cosechando los aplausos de los asistentes al Triki Trak. Luego respondió que El Avaro había sido escrito por Molière. Rulito perdió la compostura y expresó:

- "¡Se pasó esta criatura!"

A continuación pidió aplausos para el niño genio, cómicamente le preguntó a la madre si no se trataba de un acto de ventriloquía, y